



PÓLVORA EN SALVAS

—¿Pero oyes lo que te dicen
ó eres muda, condenada?
Tú te has propuesto quemarme
la sangre, ¿verdaz? ¡Sí, calla
y cierra el pico, no sea
que te se entre alguna ráfaga

por la boca y te malogres
á principios de semana!
—(¡Temprano empieza la música!)
—Yo que tú, me colocaba
un burlete, que ya creo
que ha pasao la temporada
y dicen que lo colocan
á diez céntimos la vara.

.....
¡Pero dí, morruda, que hay
que sacarte las palabras
lo mismo que á las botellas
de *Miau* y de Santa Bárbara
los corchos! ¿Es que la madre
que te llevó en sus entrañas
y que te puso en las venas
su sangre limpia y honrada...
es que la mujer que ha sido
toda su vida una esclava
pa darte la porquería
de educación que ahora gastas,
no merece que tú, ¡fiera!
que eres ya más antipática
que la farola que han puesto
en la Puerta del Sol, hagas
el favor de destaparte
las orejas una miaja

pa oirla? ¿Qué es lo que quieres?
 ¿Quieres que te eche una istancia
 y que te la mande por
 conduto de la Rial Casa?
 ¿Quieres que te hable por medio
 de intérprete, verbo en gracia,
 como si fueras el buey
 de Túnez ú cosa análoga?
 ¿Dí, qué es lo que quieres?

—¡Madre!

—¡Taday, insinificancia,
 que no te cruzo esa geta
 que tienes de perro de aguas
 por no pringarme la mano!
 ¡Gurrumino! ¡Sosa! ¡Chata!
 —¿Tié usted mucha cuerda?

—¡Mucha!

—Pues guarde usted un par de varas,
 porque un ñudo corredizo
 nunca sobra en una casa,
 y no se ponga usted lúgubre,
 ni me dé usted la tabarra,
 ni se ataque usted los nervios,
 ni me saque usted las faltas
 físicas á la vergüenza,
 que con esa martingala
 va usted á conseguir lo mismo,

talmente, que si llamara
con dos tejas á *Cachano*,
que es sordo como una tapia.

—¡No olvides que soy tu madre!

—¡Como si fuera usted el papa!

Si usted no quiere por buenas,
me caso con él por malas.

—¿De modo que no hay consejos
ni reflexiones que valgan
pa sacarte del camino
de perdición por donde andas?

—No lo sé, pero carculo
que es difícil que los haiga.

—¿Es decir que estás resuelta?

—No he visto cosa más clara.

—¿Sí?

—Las señas son mortales,
ya ve usted... ¡verde y con asas!...

—¡Piénsalo mucho!

—Las cosas
del querer no hay que pensarlas;
madre; la mujer que quiere
no piensa ni le hace falta.

—¡Mira que con ese bicho
vas á ser muy desgraciada!

—Sarna con gusto no pica.

—Pero molesta la sarna,

y aunque pienses otra cosa
tú has de ver cómo te rascas.

—Así estaré entretenida,
que ese trabajo no mata.

—¡Mira que esto que te dicen
es por tu bien!

—Muchas gracias.

—¡Mira que vas á perderte
si no sigues otra marcha.

—No faltará quien me busque,
de fijo, que las alhajas
de valor nunca se quedan
dos minutos extraviadas.

—¡Mira que ese hombre no vale
tres pesetas colunarias!

—Velay, pues yo no le cambio
ni por el Banco de España.

—¡Mira que no hay quien le saque
ni con pinzas de la tasca,
y que nunca se ve libre
de *merluzas* y *tajadas*!

—Dios le conserve ese gusto
muchos años, pa que no haiga
quien nos diga que tenemos
la alimentación tasada.

—¡Mira que va á acerte...

—¡Bueno!

—¡Mira tú que no trabaja!
—Con eso tié pa quererme
too el tiempo que le hace falta.
—¡Mira que es un pelagatos!
¡Mira que no tiene nada!
—Pa lo que yo nesecito,
con lo que tiene me basta!
Y además, sé yo ganarlo
pa él y pa mí, conqué ¡pata!
—¡Isabel!

—¡Madre!

—¡Hija mía!...

Quítate las telarañas
que llevas en el cerebro
y en los ojos y en el alma,
y mira en frío las cosas
y no des la campanada,
y despide á ese gandumbas
indizno de una muchacha
como eres tú, medio imbécil
pero hacendosa y honrada.
—¡No pue ser!

—¿Por qué?

—Primero,

porque no me da la gana,
y segundo...

—No continues,

que con lo primero basta,
y quítate de delante,
¡sabandija! ¡descastada!
que has de morirte rabiando
como un perro.

—Si en las ánsias
de la muerte quiere el cielo
que él esté junto á mi cama
pa darme un adiós muy dulce
y clavarme una mirada
con esos ojazos negos
que me trastornan el alma,
¡me muero de gusto, madre,
y le doy á Dios las gracias!
—¡Ya te lo dirán de misas
cuando estés más descuidada!
(*Se oye un silbido estridente.*)
¡Ahí le tiés, burra de carga!
Veste con él.

—¡Muy á gusto!
Y oiga usted una cosa.

—¿Cuála?
—En el querer de las hembras
no meta usted nunca baza,
ni pierda tiempo y saliva
ni gaste pólvora en salvas,
porque á la mujer que quiere

por vez primera y con ganas...
¡ni el de arriba la doblega
con su poder!

—¡Vamos, calla!

—¿Usted no ha querido nunca?
¿Verdaz que sí?...

—Mujer... anda,
que está esperando.

—¡Adiós, madre!

—(¡Tié razón la condenada!)

LA AMISTAD

—Si son así los amigos,
reniego de la amistad
y me quedo aislao, Tiburcio,
porque lo que es pa tratar
con hombres tan informales
como tu primo Pascual,
prefiero cincuenta veces
el ir solo.

—Pero ¿estás
seguro de lo que dices,
Rosauro?

—¡No lo he de estar!
Como que acaba de hacerme
la mayor indecentá
de mi vida.

—¡Puede!

—¡Toma!

—¡No lo creo!

—¡Me es igual!

—¡Yo sé cómo obra mi primo!

—Pues por el modo de obrar
he visto que es una especie
de automedonte.

—¡Será

que te ciegas!

—¿Que me ciego?

Bueno, pues oye y verás:

Hace como quince días
que estaba yo en el bazar
de la X, desaminando
con detención un bozal
pa la perra, cuando vide,
por una casualidaz,
en la sección de utensilios
culinarios á Pascual
ajustando, al parecer,
uno de esos chismes que hay
pa debatir huevos.

—Era

un regalo pa su ahijá
por la primer comunión.

—Bien, eso es de material.

El caso fué que al marcharse
de seguida de pagar,

pasó por mi lao sin verme
y yo le di por detrás
en la gorra, con ojecto
de que mirase, lo cual
que al volverse fué y me dijo:

—«¡Releñe, qué gordo estás!

¿Y en tu casa?

—Pues toos buenos.

¿Y en la tuya?

—Regular.

La chica nos tié aburridos
con las cosas de su edaz,
porque anda desde hace días
triste y escuchimizá.

—Eso es la falta de sangre

—Puede que sí.

—¡Natural!

.....

.....

—Pues chico, celebro el verte
porque te tengo que hablar
pa suplicarte que me hagas
un favor escecional.

—¡Si puedol...

—¡Claro que puedes!

—Entonces tú me dirás.

—Pues la cosa es muy sencilla:

Se ha presentao concejal,
por nuestro destrito, un hombre
á quien tengo que ayudar
como si fuese mi padre,
por razones que sabrás
Dios mediante, y como tengo
la plena seguridaz
de que tú eres un amigo
de lo que no se usa ya,
tanto por lo caballero
como por lo servicial
y lo sincero, quisiera
que le fueses á votar.

—¿Y qué tal persona es él?

—¡Honrao á carta cabal!

No tié oficio, ni carrera,
ni dos pesetas ni na,
pero aunque el cargo es gratuito
quiere salir concejal
porque ciega por el pueblo
y por la moralidaz
del munecipio; de modo
que si sale, ya verás
qué gachó.

—¿Y á cómo paga
los votos?

—¿Quién, él? ¡Á na!

¿No acabo de referirte
que aspira á ser concejal
sin recursos pecunarios
y por gusto de encauzar
la azmenistración?

—Pues chico,
me tiés que disimular,
porque desde que nos dieron
el Sufragio universal,
que como sabe too el mundo
es una cosa sagrá,
yo quiero sacarle al voto
lo que le pueda sacar.
Es decir, que quince riales,
si los quiero, me los dan
por el candidato adizto.
De suerte que, en igualdaz
de circunstancias, escuso
decir que puedes contar
el domingo con mi voto
y con diez ú doce más.

—Oye ¿pero hablas en serio?

—¡Pues hombre, cómo he hablar!

—¡Tú no me estimas, Rosauero!

—Sí que te estimo.

—Pues haz
el osequio de votarle



de gratis, que si le dan
el azta ni tú ni yo
nos quedamos sin chupar.

—¡Que no puedo!

—¡Que si puedes!

—¡Que á ti lo mismo te da!

—¡Que él no va á salir de apuros
por voto menos ú más!... »

Y entre promesas y excusas,
y trasteos de Pascual,
y quiebros de mi persona
pa que me dejara en paz,
y el uno que patatín,
y el otro que patatán...
resumen: que me entregué
como un lila, pa sacar
en consecuencia, por boca
de un agente eleztoral,
que le dieron por mi voto
y por tres ó cuatro más
noventa reales, dos brevas
y una copa de coñáz.

Ahora dí tú si me cabe
derecho pa renegar
y si obra nadie que tenga
decoro, como Pascual.

—¡Me estraña mucho en mi primo!

—¡Pues no te debe estrañar,
porque amistades como esas
no sabes tú cuántas hay!
¡Me han dao á mí los amigos
cá camelo y cá tostá
desde que vine á este mundo,
que yo entiendo!

—¿Sí?

—¡La mar!

Y si no, mira: Por causa
de Quintín *el Piticlán*,
tuve que desapartarme
de la pobre Trinidad
en la luna de la miel,
que es cuando me quiso más.
—¿Y por qué?

—¡No me hagas que hable,
porque no me gusta hablar!

Al *Colindres* le dejé
la chaqueta de astrakán
pa poder ir á la boda
de su madre, pronto hará
cuatro meses, y no sólo
me la piznoró el charrán,
sino que vendió en seguida
la papeleta. ¿Quiés más?
El señor Luis, el pollero

de los *Mostenses*, que ya
sabes que es persona seria
y de posición social,
y que al menos por sus años,
ya que no por la amistad
que nos une, cuasi estaba
obligao á ser formal,
vino á suplicarme el sábado
que le dejase llevar
á mi hermana la soltera
con varias personas más
pa que pasara un ratito
de expansión y de solaz
en el *Santo*, ya que yo
no era gustoso en bajar.
Acedí, recomendándole
muchísima formalidaz,
porque uno tié cierta práztica
y sabe como el que más
que es fácil hacer algún
esceso perjudicial
pa el cuerpo donde haiga vino,
juventuz y libertaz,
y el me contestó: — ¡Rosauero!...
¡Diendo conmigo, bien val
Bueno, pues fueron, y ¿sabes
lo que sucedió al final?

—No sé.

—Pues que el señor Luis,
con toda la seriedad
que le dan sus muchas canas
y su posición social,
me la devolvió perdida
cuando vinieron de allá,
porque, según ella dice,
prenciaron á abusar
de las muchas porquerías
que venden adulterás
en la pradera, que luego
se llenaron el costal
de escabeche de bonito,
de aceitunas aliñás
y de torraos, que después,
pa acabar lo de arreglar,
parece que la montaron
de seguida de almorzar
en un columpio, sabiendo
que eso siempre sienta mal,
y claro, con los vaivenes
y el calor y el mostagán,
se le resintió su estómago,
que es muy débil... y total:
treinta céntimos de greda
llevo consumidos ya

pa quitarle la grasaza
de la ropa, y además
la tengo desde aquel día
completamente tronzá.
¿Me asiste razón?

—Te asiste.

—¿Está eso bien?

—¡Qué ha de estar!

—¿Hay amistades erronias?

—¡Hombre, sí!

—Mira, Pascual:

¡vive con el ojo abierto
respetive á la amistaz,
que en el mundo, los amigos
que créas que te aprecian más,
como puedan reventarte
siempre te reventarán.

—¡Qué cosas dices, Rosauro!

—¡La chipendi!

—¡De too habrá!

—¡Yo lo he visto por los míos!...
y por los de los demás.



COSAS DE LA VIDA

I

—Y con ésta debes doce.

—Bueno, ¿quieres un recibo?

.....

—Oye, tú.

—¿Qué?

—Mira, Paco;

francamente, como amigo
tuyo que soy, y como hombre
de conciencia, te suplico
que declares en el azto,
delante de dos testigos
pa que coste, que no puedes
ni debes jugar conmigo
á na, porque ya está vista
tu insinificancia, chico.
Y si quiés que lo dejemos
no tengas reparo y dímelo,
porque me se parte el alma
de verte sudar el quilo.

—¿Quién, yo?...

—¡No te enfades, hombre,
que eso no es ningún delito!
Es que los que tenéis tanta
suerte con el mujerío,
generalmente en el juego
sus ponéis hasta fatídicos
inclusive. Ahí tiés mi caso:
yo le juego á Jesucristo
la respiración hoy día,
y la pierde, con ser hijo
de quien es, en menos tiempo
del que he tardao en decírtelo,
pero no iznoras en cambio

qué motes tan ofensivos
me azjudican por la pata
que tengo en los amoríos.
Y con razón; cá uno nace
pa su cosa, señor mío...

—Bueno, mira, barajea
y échate pa acá ese vino,
y guárdate los consejos
y no te rasques conmigo,
porque es que, si por si acaso
me quieres tomar de pito,
ya sabes tú de qué forma
suele gastarlas Francisco
Lirón.

—Si vas á ofenderte,
pon debajo que no he dicho
na.

—Ya está puesto.

—Y dispensa.

Corta.

—Sal.

—Con tu permiso.

El dos de copas.

—Me encarta

con el tres.

—¡Milagro!

—El cinco

de oros.

—Pa ti.

—Las cuarenta,
y ya cuasi me he salido.

— ¡Maldita siá!

—No blasfemies.

¡Arrastrol!

— ¡Los intestinos
quisiera yo que arrastraras
por el suelo!

—¿Pican?

—Chico,
paeces una vaca suiza.

¡Miá que tiés!...

—¿No te lo digo?

.....
¿Sabes una cosa?

—¿Cuála?

—Que entre lo que yo te limpio,
cá vez que con el epítome
quieres alternar conmigo,
y entre lo que la Felipa
te chupa desde que *el Bisco*
te la cedió en usufruzto,
va pa dos años y pico,
á cambio de una bandurria
y un macho de perdiz tísico,

y entre lo que nesecitas
tú sólo pa el regadío
vinicultor de tu cuerpo,
que ocupa más que el Cerrillo
de los Angeles, carculo
que dentro de muy poquito
vas á estar como los restos
del glorioso San Isidro
de trasformao.

—Mientras tenga
saluz, humor y apetito
y una morena con cútis
queriendo como es debido,
y quien gane toos los días
pa el puchero y pa los vicios,
no te intrigues, porque puede
que te suceda lo mismo
que al Corregidor de Almagro
con la chupa del vecino.

—¡Hombre, como no trabajas!...

—¿Y á ti qué te importa, primo?

¿No te pago cuando pierdo?

—Sí.

—¡Pues hemos concluído!
¡Conque continua jugando,
que estoy más quemao que un pisto
y yo te juego esta noche

el órgano digestivo!

—¡Por mí!...

—¡Roba!

—¡Veinte en bastos!

—¡Duro, y trae pa acá ese vino!

.....

II

—¡Caballero, una limosna!

—Dios te ampare.

—¡Señorito!...

—¡Déjame en paz!

—¡Tan siquiera

pa ayuda de un panecillo,

que no he cenao entoavía

y estoy traspasao de frío!

—¿Por qué no te vas á casa?

—Señor, porque no he podido

juntar más que tres pesetas

y tengo que llevar cinco,

si no quiero que me pongan

el cuerpo como un chorizo.

—¿Cuántos años tienes!

—Ocho.

—¿Y tu madre?

—En un asilo.

—¿Y tu padre?

—Bueno, gracias.

—¿Pide también?

—Como ha sido

de buena familia, dice
que no le parece dizno.

—Pero ¿trabaja?

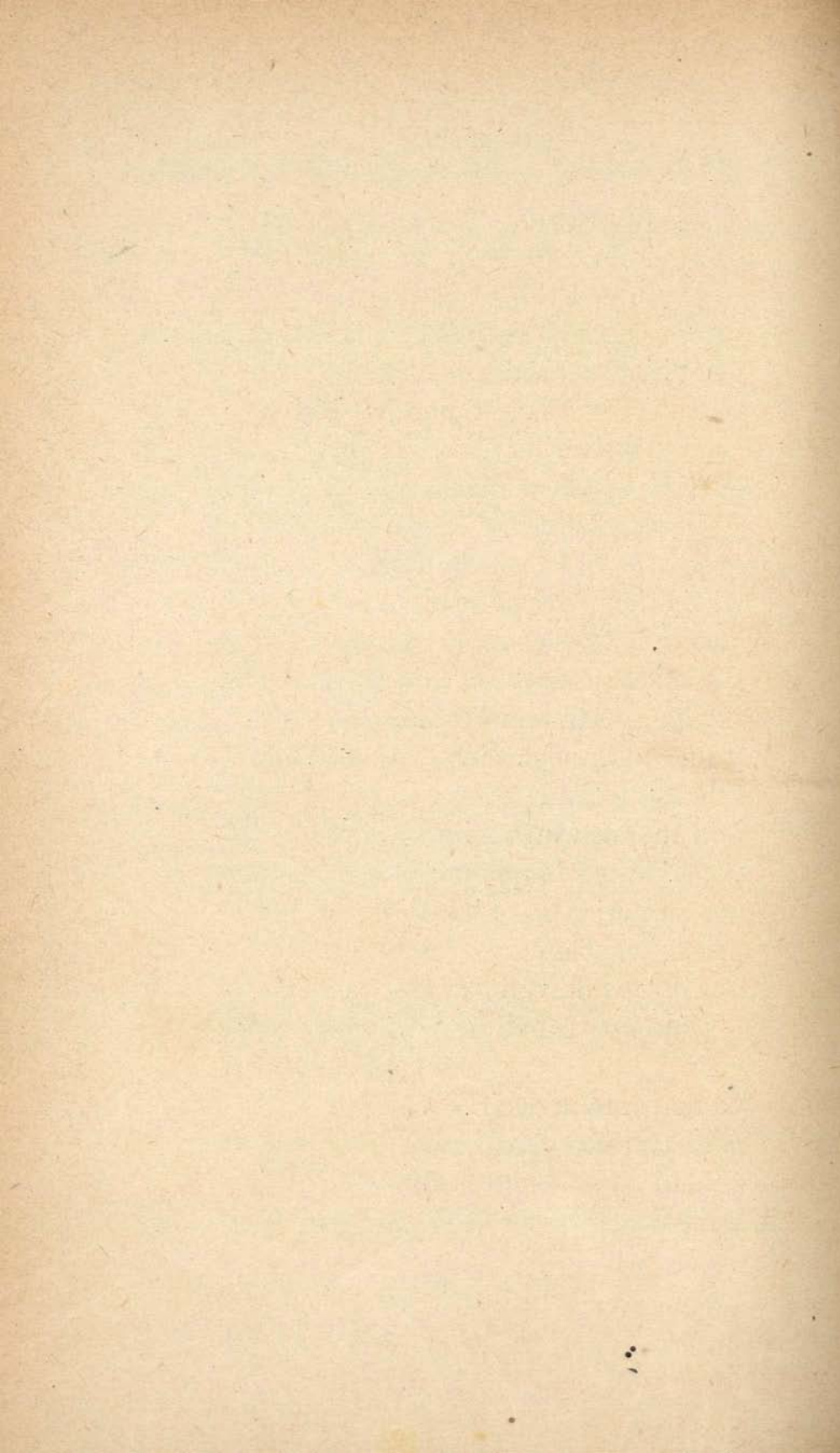
—No sabe,

ni tié tiempo el pobrecillo;
¿no ve ustedé que, como ocurro
que hace un invierno tan frío,
de día se está en la cama,
y luego al anochecido
sale á jugar á la brisca
ó al tute con un vecino?
Se cuida too lo que puede
por su mujer y por su hijo,
porque muriéndose, claro,
nos dejaba desvalidos.

—¡Valiente canalla!

—Miste,

yo no pensaba decirlo...
pero ¿verdaz, caballero,
que mi padre es un cochino?



Dialogo triste.

—¡Pobrecillo Baldomero!
¡Que Dios le tenga allá arriba!
—¡Qué buena persona que era!
—¡De lo que ya no se estila!
Sacándonos á nosotros
y á tu padre y á mi chica
y á otras personalidades
raras... ¡éll!

—Y que lo digas.

—Hombre tan serio en sus tratos,
con la conciencia tan limpia,
de sentimientos tan puros,
de educación tan destinta
de las demás, tan verídico,
tan ciego por la familia

y que fuese más amante
del trabajo no le había.

—Vamos contestes, Polonio,
por más de que algunos digan
que en Baldomero encontrabas
de todo como en botica.

—¿Quién lo ha dicho?

—No me acuerdo,
pero lo dicen.

—¡Envidias!

Claro es que el pobre muchacho
tuvo sus cosas en vida,

y que no llevaba siempre
la educación á la vista

de too el mundo, pero ¿esisten
seres perfeztos? ¡Mentira!

Y sobre too, ¿son sus faltas
de las que desacreditan

bien el nombre ú bien el crédito
del sujeto ú del artista?

¡Nunca!

—¡Contestes!

—¡Entonces!...

¿Que á veces no se podía
parar ni cinco segundos

á su lao? ¡Verdaz, Elías!

Las cosas, lo mismo malas

que buenas, hay que decirlas;
pero aquél era un defezto
físico, si bien se mira.

—Y más que defezto tema,
por comer lo que comía.

—¿Que aunque tiene aplicaciones
tan útiles y destintas
en el mundo el agua clara
llegó á tomarla ojeriza?
¡Mal hecho! Porque aun sabiéndose
que el abuso perjudica,
debe el hombre molestarse
siquiera cá quince días
un par de veces. Pero esto,
que Baldomero no hacía
por cortedaz de carázter
tanto como por desidia,
y el hecho de que el ciclismo,
la iglesia y la policía
le pareciesen tres cosas
inútiles y nocivas,
¿echan por tierra mi aserto?
—¿Tu cuáló dices?

—Decía
que, no estante de lo erronio
de sus ideas políticas,
era una persona honrada,

seria, noble, rezta, fina,
 con el corazón de un niño,
 con sentimientos de artista,
 con diznidaz, con guapeza,
 con coltura, con pericia

y...

—¡Contestes! No continues,
 porque too lo que me digas
 lo tengo grabao, Polonio.

—¡Qué lástima de hombre, Elías!

—¡Ya ves!

—¡Pobrecillo!

—¡Bueno;

vamos, calla y no te aflijas
 así, que porque tú llores
 no ha de volver á la vida!

—No, si es que me estoy sonando.

— ¡Ah, pensé!...

.....
 —¡Miá que debía
 de estar delicao el pobre!
 ¿Verdaz?

—Lo que es estos días
 de seguro que llevaba
 la saluz muy resentida.
 Yo, cuando llegué á enterarme,
 por boca de la Quintina,

de que se le hinchaba todo
su cuerpo de día en día,
y así de que entré en su casa
y le vide boca arriba,
relinchando, con aquella
color como de tiricia,
dije: «¡El pobre Baldomero
no está bien!»

—¿Y qué tendría?

Porque él antes de estar malo
no se quejaba.

—¡En la vida!

Pa mí es que cuando el asunto
de la calle de Torija,
como al hacer nuestros cálculos
tomemos mal las medidas
y nos sorprendió la ronda
dentro de la galería,
no nos quedó otro recurso
que colarnos más que aprisa
en la primer atarjea
que se nos vino á la vista
de repente, y se conoce
que al pobre, con la mijita
de miedo y la repuznancia
natural, y con el clima
que las materias fiscales

arman en la alcantarilla,
 se le corrompió en el cuerpo
 la sustancia consanguinia...
 —Y lo de siempre: ¡otro mártir
 del trabajo!

—¡Allí debían
 de llevar á echar sermones
 al *Niño Dios*!

—En seguida.
 ¡Como que su padre es tonto!

.....

 Y del entierro, ¿qué?

—Mira;
 del entierro y de otras cosas
 cuasi más entretenidas
 tengo que hablarte despacio
 y esta tarde llevo prisa,
 porque me espera la Ulalia
 en cá de la Basilisa
 pa ir á que la reconozgan.
 —¿Otra vez?

—Velay.

—¡Atiza!

Bueno, pues luego te espero.

—¿Dónde?

—Donde tú me digas.

—¿En el café de Minerva?

—No, porque allí va Fonfría,
el cabo de vigilancia
que ha pasao á la Latina,
y le debo decisiete
pesetas, y me tié tirria.

—Entonces en cá de Urrutia.
Tomaremos unas tintas
y te hablaré de un asunto
que tengo á la espetativa
y que pué que te convenga.

—¿Dónde?

—En una huevería.

—Bueno, pues hasta la noche.

—Oye, á ver si me haces birra.

—¡Qué te he de hacer!

—Bueno, escucha:

Lleva tabaco... y cerillas.





DIÁLOGO TRISTE

(CONCLUSIÓN)

—¿Qué quieres?

—Que me saquen un chupito de Monóvar, á ver si me se quita de una vez esta especie de tristeza que siento en el estómago.

—Pues mira,

pide algo de comer.

—Luego, si es caso,
pediré, pa detrás, unas judías
estofadas.

—Con tal de que te sienten
mejor que al interfeto, por mí pídelas.

—Pierde cuidao, Polonio, que á Dios gracias,
tengo otra contestura muy destinta.

De manjar que penetre en mi persona
no hay quien logre jamás tener noticia.

—Me alegro por los dos. Y ahora, si quieres,
volvamos al ojezto de esta cita,
pero debo empezar por azvertirte
que has quedao como un macho del tranvía
con la pobre mujer de Baldomero
y con toos los demás de la familia.

—¿Yo? ¿Por qué?

—¿Que por qué? Porque no estante
de los varios afeztos que os unían
á ti y á nuestro amigo, que esté en gloria,
y de las relaciones tan continuas
que os han proporcionao ratos felices
á la vez que quincenas bien tristismas,
no tan sólo faltastes al entierro
dando que mormurar á las destintas
personas que estuvimos en el azto
despidiendo al amigo y al artista,

sino que al cabo ni siquiera fuistes
pa mandar á la viuda cuatro linias,
ni un miserable hachón, ni una corona
de malvas ú laurel ú siemprevivas.

—¡Eso es caro pa mí!

—Las hay usadas
que te las dan por una porquería
teniendo voluntaz.

—Bueno, Polonio,
dile que me dispense á la Quintina,
si es que le da la gana, y tú no gastes
el tiempo y el humor y la saliva
en darme á mí lecciones de etiqueta
que tengo ya olvidás de tan sabidas
—¿Te he lesionao?

—Tú á mí no me lesionas.

—¡Entonces!...

—Además, tuve aquel día
que llevar una vela en otro entierro
que ha ideao *el Gorrión* desde Melilla,
y teniendo entre manos ciertas cosas
no hay cabeza pa na.

—Por ahí debías
de haberte disculpao y nos hubiésemos
ahorrao de discutir.

—Bueno, continúa,
y pide las legumbres cuando quieras.

—¡Señor Urrutia!

—¡Va!

—Dos de moriscas
silenciosas, un par de panecillos
y una grande del negro.

—¡Va enseguida!

.....

—No te hablé del asunto esta mañana,
no ostante tu pregunta, porque había
tela cortá pa un rato, y, como sabes,
yo en aquella ocasión llevaba prisa
porque estaba esperándome la Ulalia
pa ir en cá del dotor con la Basilia.

—¿Fuisteis?

—Es natural.

—¿Y qué?

— Pues ni esto.

¡Figuraciones de ella!

—Si se ostina,

lo va á lograr por fin.

—¡Sí que lo dudo!

—¿Que no? ¡Ya lo verás!

—Pues á lo que iba.

Después de presenciar el espectáculo
que nos dió, sin querer, la pobrecilla
mujer de Baldomero, revolcándose

traspasá de dolor en la cocina,
el jueves, entre doce y doce y media,
salimos de la calle de San Dimas
con dirección al Este, los despojos
corrutos del finao, que entre *el Mesías*,
el Chichín, *el Carranque* y *el Tapioca*
llevaban á hombros como prueba sincera
de azmiración, de aprecio y de cariño,
y formando detrás en cometiva,
mustios, acongojaos y silenciosos
y toos con las cabezas abatidas,
un porción, ocho ú diez, de azmiradores,
de parientes, de amigos y de artistas.
Así andemos lo menos diez minutos
cavilando en lo falsa que es la vida
y en que el hombre no vale dos pesetas,
hasta que entre que el uno te pedía
tabaco pa un pitillo, verbo en gracia,
y entre que éste y el otro le decían
cualquier barbaridaz á una señora,
y entre que tú gozabas al oírsela,
no; fuimos animando poco á poco,
y á conversar de reses y de niñas,
y á sacarle defeztos al difunto
(muchos de ellos que yo no conocía),
y á colocarle motes á la viuda,
que si llega á enterarse habrá que oirla

por detrás...

—¡Dios nos libre!

—Conque en esto

va y exclama, parándose, *el Mesías*,
al entrar en el puente de las Ventas:

—*¡Dejarnos descansar una mijita,
que este gachó, con el envase, pesa
más que un piano de cola!*

—¡Qué bromitas!

—De salón. Como ha sido del resguardo
no sabe gastar más que bromas finas.

—Sigue.

—Entonces no sé si fué al *Carranque*,
al *Tapioca*, al *Chichín* ú á quien sería,
se le ocurrió decir:—*Bueno, señores;
si á ustedes les parece, nos podían
arreglar un poquito de escabeche,
aquí, en el comedor de la Alegría,
y al propio tiempo que los pies descansan
se toma alguna cosa nutretiva.*

Yo quise protestar, pero el hermano
pequeño del finao, que presidía
conmigo el duelo, se azdenó; los otros
viendo el modo de obrar de la familia
procedieron lo mismo; de resultas
yo tomé en el asunto parte aztiva
(con repuznancia), pa que no pudieran

hacer de mí la observación más mínima,
y entremos.

—¿Y comisteis?

—¡Y bebimos!

Y allí hubiera acabao la porquería
que se hizo con el pobre Baldomero,
si un sastre de la calle de Zurita
no exclama, levantándose de pronto:

—*Señores, es temprano entodavía,
me se figura á mí. Conque si alguno
tié entrañas pa jugarse á una partida
de rayuela el valor del escabeche,
más lo que caiga luego, que lo diga.*

—*¡Por el amor de Dios, señor Aristides!...*
(me atreví yo á ojetar). *¡Una mijita
de respeto al cadáver del amigo,
y deje usté los juegos pa otro día!*

—*¡A votos!* (contestaron varias voces)

—*¡Que sí!* —*¡Que no!* —*¡Que seis unos gallinas.*

—*¡Que á tí te se va el aire por la boca!*

—*¡Que tú no tiés equipo!* En resumidas
cuentas, que con la miaja de escabeche

y el alcol y las frases ofensivas

que hubo quien pronunció, nos calentōmos,

salimos, se arreglaron tres partidas,

y otras tres pa detrás de las primeras,

y otras tantas después, consecutivas,

y entre que ¡*Tú no juegas un pimiento!*
y entre que ¡*Yo te juego la papilla!*
y entre que venga vino y vayan bromas,
se nos echó por fin la noche encima...
¡Y de noche quién va desde las Ventas
al Este, que está cerca de Canillas!
—Nadie.

—¡Claro! De modo que tuvimos
que dejar el entierro pa otro día
por divertir á un sastre cualesquiera,
¡lo cual pué que no ocurra ni entre indígenas!
—Es decir, ¿que volvístis los despojos?
—No hubo necesidaz, porque *el Mesías*
tié en consumos al novio de su madre
y dejemos la caja en la casilla,
pa volver á tirarnos luego el viernes
la carretera de Aragón arriba,
con perjuicio del cuerpo, de las botas
y de la seriedad.

—No jugariais
el viernes.

—Se jugó, pero á la vuelta.
—¡Eso ya es otra cosa muy destinta!
Después de descargar bueno que juegues,
¡pero lo otro!

—¡Por Dios, ni en cafrería!



EL ANIVERSARIO

—Ya sé que el domingo fuistes
al Obelisco.

—¡Pa chasco!

—¡Hombre, bien! Y tan y mientras
te estuvimos esperando
pa ir á coger caracoles,
como quedemos el sábado,
yo, Matilde, *la Sebosa*,
y *el Colirio* y *el Javato*.

—Lo primero es lo primero.

—Lo primero es ser esazto,
y cumplir lo que se ofrece
y no tener ese cuajo,
y evitar que dos señoras
y que tres hombres sensatos

se pasen media mañana
junto á la Casa de Campo
como cinco monigotes
del *Pim, Pam, Pum*.

—¡Vaya un daño!

—¿No, verdaz? Gracias que fuimos
de los dos sesos, y hablando
de nuestras cosas, logremos
el divertirnos un rato,
que si nos da la ocurrencia
de ir espresamente machos,
¡suponte tú que mañana
tan risueña nos mamamos
por tu gusto! ¡Vamos, hombre!
Luego dicen que uno es agrio
y que cá cinco minutos
echa las patas por alto.
¿Qué he de hacer si no trompiezo
nunca, ni por un milagro,
con ningún hombre que pueda
decirse que tié dos gramos
de formalidaz?

—No alabes

así, porque no es pa tanto,
y disimula mi falta,
si es que existe, y hazte cargo
de que hay cosas sagradísmas

en este mundo. ¡Ay, Romualdo!...
¡Tú no sabes los recuerdos
que tié pa mí el *Dos de Mayo!*
—¡Qué tendrá que ver el vientre
con lo que estamos hablando!
¡Vaya unas salidas chuscas!
A toos nos pasa tres cuartos
de lo mismo, si se mira
con detención. Pero ¿vamos
á obrar por eso talmente
como un norteamericano
de quince arrobas?

—No.

—¡Nunca!

Que sea el aniversario
de la muerte de Velarde
y de la acción del *Callado*,
¿quiere decir que no puedas
acompañar á unos cuantos
á recoleztar molúsculos?
¿Te se achica el amor patrio,
ni na, porque vayas y ores
por el eterno descanso
de los mártires dos leguas
más arriba ó más abajo?
¿Carculas que á los menistros
ú que al cuerpo diplomático

les va á resentir el hecho
de que tú faltes al azto
de la procesión, mandándoles,
por ejemplo, un memorandon
con tu rúbrica? ¿No basta
con que te enteres del bando
del alcalde, suponiendo
que esté escrito en castellano,
y con que luego derrames
una ú dos ú tres ú cuatro
lágrimas á la memoria
de las víctimas? ¡Pues claro
que basta! Si eres idonio
dí que cogistes el sábado
la merluza y que el domingo
la estuvistes arropando,
y no me vengas con esos
episodios otomanos,
porque á mi edaz es difícil
que me la dé ningún chato.

—¿Has acabao?

—Me parece.

—Pues has metido las cuatro.

—¿Por qué?

—Porque los recuerdos
que tié pa mí el *Dos de Mayo*
son de amor; lo cual demuestra

que hablas por boca de ganso
muchas veces. Yo he sentido,
como madrileño nato,
que nuestros padres murieran
como murieron antaño,
y hasta el día que me vengue
del invasor, no descanso,
porque tú ya me conoces
y sabes que soy muy bárbaro
y lo que es yo, porquería
que me se hace me la guardo
mientras viva.

—¡Pocas gracias!

—Pero si voy toos los años
al Obelisco, en tal fecha
como la indicada, lo hago
porque aquel sitio fué donde
prencipiamos á tratarnos
con ingenuidaz yo y ella.
(¡La mujer de más recato
natural de cuantas haigan
podido comer garbanzos
en el mundo!) ¡Pobre Zoila!
¡Dios la tenga en su regazo!

.....

.....

Ella estaba allí sentada

la noche del Dos de Mayo
del ochenta y seis, ú puede
que del sursiguiente, cuando,
después de dar un paseo
por delante del Botánico,
me se ocurrió, no sé cómo,
pasar por junto á su banco,
y la vide solitaria,
y la esaminé despacio,
y al llegar á las faciones
y al ver aquel par de ojazos
más negros que la antracita
y más chulos que mi barrio,
empezó á darme latidos
con más fuerza que á un caballo
el corazón, y me dije:
¡Ahí tiés lo que andas buscando!
¡Vaya una mujer con méritos!
¡Esa es pa ti, Cayetano!
Conque me senté contigo
de su lao, y al poco rato
la pregunté con ojecto
de reconocer el tránsito:
—*¿Qué hace usted aquí, vida mía?*
y ella respondió:—*Tomando*
la fresca. Lo cual que entonces,
al ver el camino franco

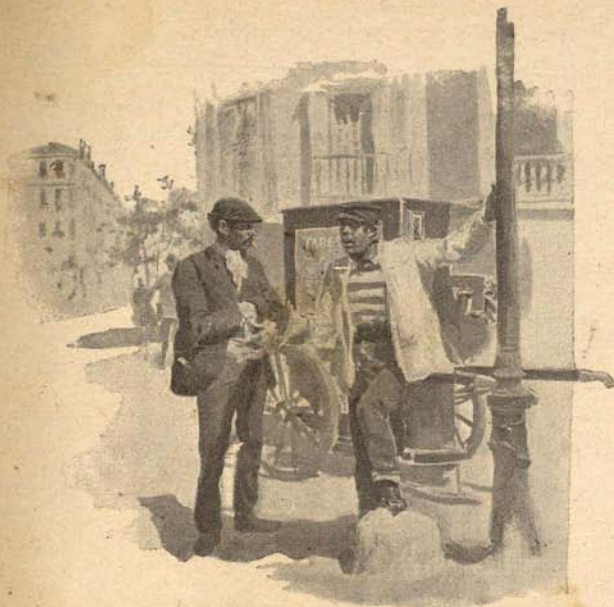
le añadí varios concetos
dulces y la di unos cuantos
alcagüeses, de esos grandes
que tien un porción de granos.
Ella los tomó con gusto.
Yo se lo agradecí tanto
porque fué como decirme:
¡Miste que es usté simpático!
Nos metimos en preguntas
y demás; fuimos gastando
poco á poco tal cual broma
de buena ley, está claro,
porque virtud como aquella
no la han conocido cuatro;
hablemos de las familias
de los dos; me puso en autos
de que tenía la madre
muy delicá por el trato
que la daba toos los días
el bestia de su padrastro;
yo me referí á la mía,
y (pa abreviar el relato)
que la pedí relaciones
amorosas en el azto;
que al mes justo nos casemos
contra la opinión de varios,
por uno y otro sistema:

el civil y el eclesiástico;
y que después, tú ya sabes
que me estuvo sufragando
la mantención ocho meses,
quince días y seis años,
hasta que murió la pobre
de resultas del trancazo
dejándome con la pena
de tener que ir al trabajo
como endenantes. De modo
que dí si pué tener ánimos
pa pensar en caracoles
el que se encuentra en mi caso,
¡y si obré mal aquel día
diendo á orar al *Dos de Mayo!*

—Bueno, pero no te afeztes
y ten reflexión y cárculo,
y sécate, que los hombres
de tu edaz y tus redaños
no lloran aunque se vean
los intestinos colgando.

—¡Es que hay cosas!...

—¡Vamos, cállate
que te miran, Cayetano!



ENTRE ORGANILLEROS

—No, la verdaz es que semos
dañinos y sanguinarios,
y golfos y sinvergüenzas
y menflis y mamarrachos.

—¿Por qué?

—¡Vaya unas preguntas
que haces á tu edaz, Donato!

—¿Qué tienen?

—¡Ni que acabaras
de llegar de Candelario!

¿Tú no lees lo que nos dicen
los periódicos al tanto
de los perjuicios que hacemos
á la sociedad?

—Sí.

—¡Claro!

¿No ves cómo se les pudre
la bilis á los del ramo
de urbanidaz en diciendo
que nos cogen con las manos
en la cigüfuela?

—¡Digo!

¡Como que yo soy cegato!
—¿No ves á los arguaciles
correr lo mismo que galgos
así de que les lastiman
el fondo del aparato
del oído?

—¡Me parece!

¡Lo que es si corrieran tanto
pa otras cosas, no estaríamos
tan cerriles como estamos
en Madriz!

—¡Mira, tú no eres
quién pa criticar los aztos

de ciertas corporaciones
y de ciertos funcionarios!
A mí me dañan las leyes
también, porque al fin y al cabo
si no le doy al manubrio
me tengo que estar á caldo,
pero yo soy de los hombres
que saben hacerse cargo
de las cosas, y me pongo
con la razón, si es que hay caso
como ahora.

—¡Pero mecachis
en los riñones! ¿Qué daño
hacemos pa que nos traten
lo mismo que á presidarios?
—¡Cuando la prensa y el público
cevil, castrense y urbano
nos tratan con esa inquina,
sus motivos tendrán! Vamos;
figúrate, por ejemplo,
que eres tú, pongo por caso,
una autoridaz.

—Corriente.

—Y que estás en tu despacho
cavila que te cavila
dos horas, ú tres ú cuatro,
pa hacer una ley que acabe

con las chirlatas de cuartos
donde se dejan los pobres
el fruto de su trabajo.

—Ya me lo figuro.

—Bueno.

Pues figúrate, de paso,
que al tropezar con la idea
y al ir á dar en el clavo,
después de tantismas horas
de calentarte los cascos,
yo, que soy organillero,
voy y me pongo debajo
de tu balcón, verbo en gracia,
y te toco, supongamos,
el pasacalle del *Nene*

ú el chotise de *los patos*.

¿Qué ocurre? ¡Pues que te corto
la espiración en el azto!

Y como que leyes de esas
no se ocurren á cá paso...

pues continúan las chirlatas
y se chinchá el proletario.

—¡Vaya un ejemplo que emites!

—¿No está bien? ¡Pues otro caso!

Suponte que un periodista,
bien de Pí, bien de don Carlos,
ú bien de don Lucas Gómez

(que el matiz no viene al caso),
se pone á hacer un artículo
con los primeros redaños
pa derribar al gobierno
de Sagasta y pa librarnos
de la ruina.

—¡Derribaban!

—¡No me interrumpas, Donato,
y supóntelo!

—Corriente.

—Y ya suponte de paso,
porque á ti te da lo mismo,
que cuando le está soplando
la musa, cualquier berzotas,
como tú, sin ver el daño
que puede hacer á la patria
y á los gremios y al erario,
sale con una mazuerka,
con un vals ú con un tango,
y escachifolla el asunto,
porque le quita los ánimos
al redator, y resulta
que continúa gobernándonos
Sagasta por seculorum.
¿Te convences?

—Sí.

—Pues claro.

— Pero digo yo una cosa.

— ¿Cuála?

— ¿Semos, por si acaso,
los pianistas ambulantes
los únicos que azaramos
al público?

— Puede.

— ¡Magras!

¿Y ese quinteto de varios
que se ponen en las ceras
á tocar cosas del año
cincuenta y siete, no estorban?

— ¡Qué han de estorbar! ¡Al contrario!

— ¿Por qué?

— Porque son artistas
y ejecutan sus trabajos
con perfección, y la gente
ve lo que es bueno y es malo.

— ¿Y esos gachós de la Hungría
que van por ahí enseñando
lo que Dios les dió, lo mismo
que el chulapón de los *Cuadros
disolventes*? ¿Y esas golfas
tostás de arriba y de abajo,
con más bichos en el cuerpo
que chismes hay en el Rastro,
y que llevan á las crías

metidas en unos sacos
talmente como si fueran
patatas?

— ¡Miá que eres gansol!

¿No ves que son extranjeros
y que si les molestamos
puede que nos reclamasen
de su nación?

— ¿Y esos pájaros
que llevan al aire libre,
pa camelar á los blandos
de corazón, llagas y úlceras
hechas á pincel, Ubaldo?
¿Y esos pobres vergonzantes
que arquilan chicos á plazos,
igual que si fueran máquinas
de la Sínger? ¿Y los mancos
que si no les das limosna
te largan un puñetazo?
¿Y esos pobrecitos ciegos
inútiles pa el trabajo
que luego, en casa, te cuentan
los pelos que tiene un gato?
¿Es justo que *el Paminondas*,
que nunca le molestaron
durante los quince meses
que se dedicó al afano

de moqueros, hoy en día
tenga que ver á cá paso
con el juzgao, por el crimen
de ser condutor de pianos?
Dí tú que nos tienen tirria,
no sé por qué, los urbanos,
y nos cazan como cazan
á las liebres en el campo.
—Son figuraciones tuyas.
—¿Son figuraciones? Vamos:
pa que veas lo charranes
y traicioneros y malos
que son ciertos arguaciles,
te voy á contar un caso
que me ha pasao. La otra tarde,
me parece que fué el sábado,
Valentín, *el Menudencias*,
se puso á tocar un rato
junto al almacén de pieles
de la calle del Rosarið,
donde sabes que hay algunas
que acostumbran á llamarnos
al pasar, con el ozjeto
de que las toquemos algo
de zarzuela. Pues corriente;
yo me puse, por sí acaso,
de escucha, como es costumbre,

pegao en el esquinazo
del cuartel, cuando de pronto
me se apareció de manos
á boca, donde yo estaba,
Segunda la de Venancio,
que tié las grandes fatigas
por ver si al fin nos echamos
de novios; ella á este cura
y mangue vice al contrario.
Conque empezó á darme coba
y á decirme dicharachos
y á hacer juegos con los ojos,
y á levantarme de cascos
de resultas de unas cuantas
indiretas que mediaron
mutuamente, cuando en esto,
valiéndose de que estábamos
astraídos con nuestras cosas,
un guardia nos echó mano,
por detrás, al *Menudencias*
y á un servidor y al piano
y nos llevó cuasi arrastra
lo mismo que si acabáramos
de rascar un remontoire
ú de hacer algún atraco.

—¡Natural!

—Pero en el ínterin

se estaban abujereando
la cubierta dos traperos
á unos diez ú doce pasos
de allí, sin que hubiera nadie
que les ozjetara.

—¡Claro!

¡Como que los guardias tienen
cien ojos y veinte manos
igual que Dios! Y en resumen,
ya que te pones tan bárbaro,
¿qué tié que ver el trapero
con las témporas del año?
¿No saben hasta los chicos
de palotes que hay escándalos
y faltas que no dependen,
poco ni mucho, del ramo
de urbanidaz? Pues entonces,
¿qué puede tener de estraño
que un guardia del munecipio,
supusiendo que es esato
lo que tú dices, no acuda
donde se están ventilando
dos traperos el azdomen,
y que á ti te coja, en cambio,
por hollar las ordenanzas
munecipales? Donato,
la ley, aquí y en toas partes

es la ley, y el funcionario
público que la ejecuta
es el instrumento humano
que la sociedad elige
de su seno, con el ánimo
de evitar que ciertos golfos
pongáis en ella los cascos.
De modo que no discutas,
porque viene á ser pa el caso
como si tuvieras tifus
y te frotaras el bazo.

—¡Too eso es campechel!

—¡Contigo

no hay quien debata, Donato,
porque refutas con términos
demasiao libres!

—En cambio,

tú nesecitas intrépete
la mayor parte del año,
porque el día que te pones
doztrinal, ¡yo entiendo!

—¡Vamos,

agárrate de las varas
y párate frente al cuatro,
que voy á tocar un poco
pa ese que vive en el bajo.

—¿Pa ese que fué tanto tiempo

concejal y que le echaron
por una caluznia?

—Pa ese.

—A ver si es que está pensando
cuando nosotros lleguemos
alguna ley pa librarnos
del matute, si le vuelven
á elegir, y la ensuciamos
con la música.

—Tú sigue
sin aprensión, que no hay caso,
porque esa ley la tenemos
desde hace muchismos años.

—¿Palabra de honor?

—¡Palabra!

—¿Sí? Pues entonces, andando.

LA DESPEDIDA

¿Porque me voy al Cascorro
ú al Bolondrón ú á la China,
si se tercia, te acongojas
y te azaras y te achicas?
¡Vamos, cállate y no llores
ni suspires, flor de un día,
que no hay motivos pa tanto,
ni está bien que tú te aflijas!
Una mujer andaluza,
y recriá en *Las Vistillas*,
que lleva fuego en las venas,
y que es chula, y que tié fibra,
como tú la tiés, no llora
mas que se vea las tripas
en el suelo y esté el gato

preparao pa echarse encima.
¡Conque sécate esos ojos
y calla y que no se diga
que la moza de mis ansias
llora por cualquier pamplina!
¿Que si hablo en serio? ¡Pues claro!
¿Que si quiero que te rías
cuando me voy á la guerra
dejándote muertecita
de dolor? ¿Y tú qué quieres,
morucha del alma mía?
¿Que me ponga á hacer calceta
cuando la patria peligra?...
Si tú vieses unos cuantos
sinvergüenzas en cuadrilla
martirizar á la madre
que te echó al mundo, ¿qué harías?
¿Darles caramelos? ¡Magras!
¿Estarte quieta? ¡Mentira!
¡Cogerlos por el gañote
y hacerlos almondiguillas,
ó ser tú, de lo contrario,
más sinvergüenza entoavía!
¡Pues si yo veo á mi patria
débil, pobre y abatida,
y una piara de granujas
que salen de sus pocilgas

y que toos juntos no valen
dos riales en perras chicas,
la maltratan y la ofenden
al verla desfallecida
y desangrá... ¿qué hace un hombre?
¿Dí? ¡Picarlos pa morcillas
y darles como recuerdo
las raspas á sus familias!
¿Que va á matarme la pena
cuando llegue á la manigua?
¡Como no me mate el tifus,
ya ties novio pa unos días!
Con tu retrato de chula
que llevaré siempre encima,
pa merendármelo á besos
cuando el cuerpo me lo pida;
con mi guitarra flamenca
pa recordar noche y día
los suspiros de tu pecho
y tu cante y mis fatigas,
y con la *lengua de vaca*
que llevo aquí, en la mochila,
pa desocupar bandullos
y pa despenar gallinas,
no se muere tu moreno
de pesadumbre, chiquilla.
¿Que el corazón te se encoge

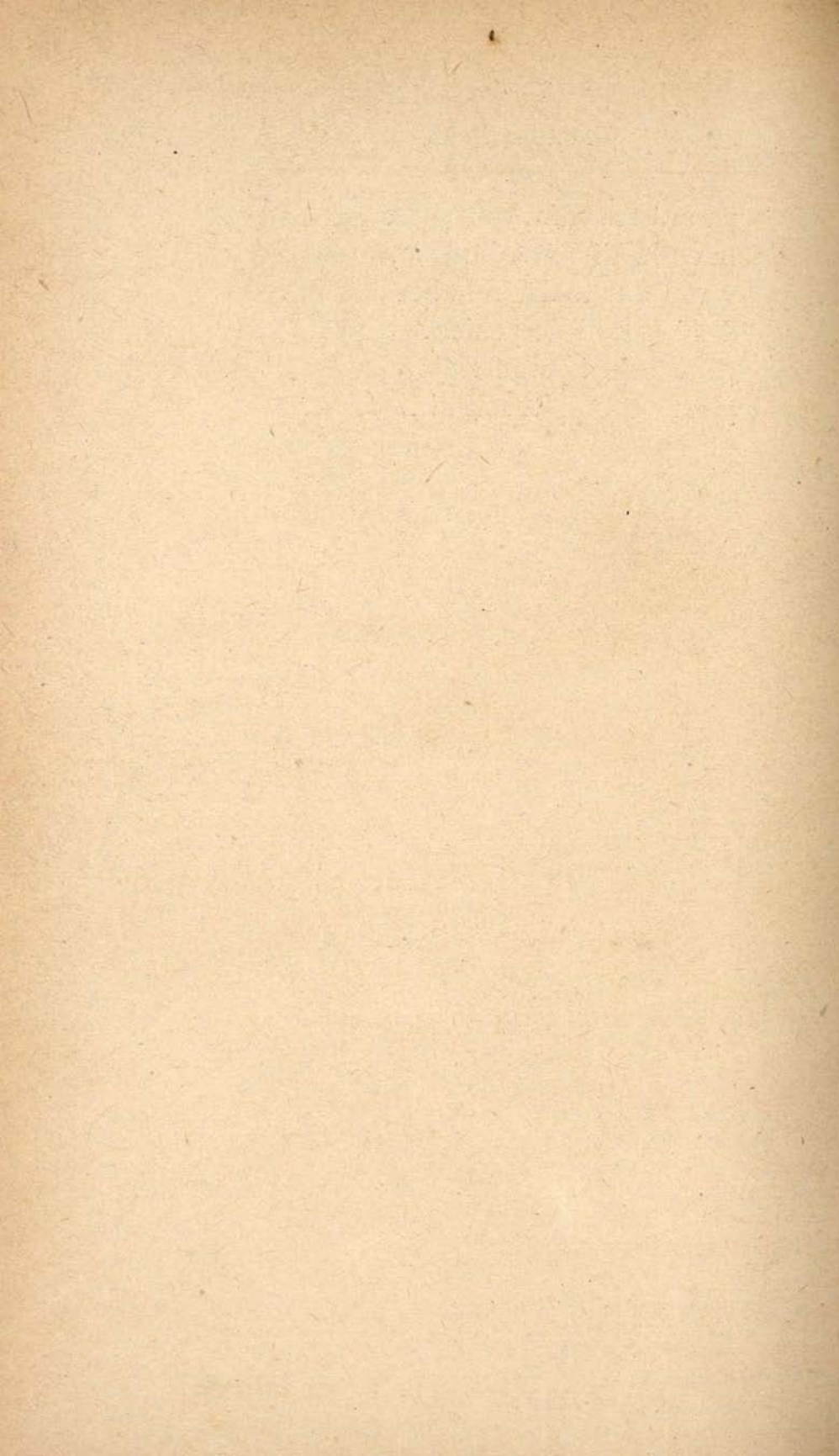
pensando que cualquier día,
si no me mata la pena
puede quitarme la vida
uno de aquellos?... ¿De cuáles
van á ser, si en la manigua
dicen que no hay más que loros
y cotorras y maricas?
Por mi tardanza no sufras
que yo despacho en seguida,
porque en cuanto desembarque
too es cuestión de un par de días.
Voy; entro en Pinar del Río,
le echo el guante al cabecilla
Quintín; le arranco dos dientes
pa hacerte á ti una sortija;
luego apipiolo al *Maceo*,
mas que me pringue de tinta,
y vuelvo con dos cabezas,
pa ti las dos, chiquitina,
una en el morral; la de *ése*,
y otra en los hombros; la mía.

.....
.....

Vaya, nena de mis ojos,
suelta yá, que tengo prisa,
porque á las nueve nos cuelan
en el tren. Conque aproxima

pa acá esa cara, que paece
la de la Virgen Santisma,
y ven que te dé en la boca
dos besos de despedida.

¡Este pa mi pobre vieja
y este otro pa ti solita!...





COSAS DE COMADRES

—Por más de que conozca tu carácter y por más de que sepa que tiés gusto de entrar en relaciones con Elías, ahora que ha terminao con la de Ozdulio, yo, como mujer périta que ha visto tantas y tantas cosas en el mundo, me voy á permitir darte unos cuantos consejos de amistad, que de seguro no has de seguir, porque jamás he visto sesera ni tesón como los tuyos.

—Por mi parte, principia cuando gustes, si es que no piensas molestarme mucho, porque tú cuando coges la palabra vuelves á Dios modorro.

—Te aseguro que he de ser too lo breva que permita cuestión tan delicá.

—Pues al asunto.

—¿Tú conoces á Elías?

—¡Una miajal!

—¡Perdona si te digo que lo dudo! Elías tié dos partes: una interna, que es la parte moral, ó lo que el público suele llamar conduzta, y otra física, que es la que está á los ojos de too el mundo. Y tú de lo primero estás asperges aunque distingas respetive á lo último.

—¿Qué me quieres decir?

—Quiero decirte, mirando por tu bien, como acostumbro desde que te conozco, que de Elías no ves más que la parte de extramuros, ó sea el exterior de su persona, que no te acuerdas ya de los disgustos que te ha dao el amor en esta vida por causa de ese obrar que tiés tan súpito, y que así que tropiezas con un hombre

que á ti te haga tilín, pierdes el pulso
y te se va la burra por los trigos
y ya no ves ni siete sobre un burro.
¿Qué es pa gustar Elías? Lo conozco,
porque, gracias á Dios, aún tengo gusto
y distingo el jamón de las patatas
y el potaje de acelgas del besugo.
¿Que las cosas que dice á las mujeres
llegan al corazón en dos minutos
y ponen como cuerdas de bandurria
los nervios de una santa? No lo dudo,
que ya sé que, si él quiere, con su pico
es capaz de ablandar hasta los puños
del ministro de Estao. ¿Que tié salero
y que en jamás de los jamases hubo
un zurrador de pieles tan gitano
desde los Chamberiles al Viaduto
y desde las alturas de las Ventas
al propio cementerio de San Justo?
Es verdaz, Marcelina; pero en cambio
¿tú sabes lo que lleva en lo profundo
del armazón? Un alma cuasi podre,
una hiel más espesa que el engrudo
y un pedazo de esponja donde lleva
too Cristo el corazón.

—Me alegro mucho.

b) mi ozjetivo, que es uncirme

pa siempre con el hombre de mi gusto,
me importan los defeztos que le saques
tanto como el arriendo de consumos.

—¡Miá que han quedao muy hartas cuasi todas
las que han tratao con él!

—¡Se aumenta mucho!

Dicen que quedan hartas y darían
por volver á cogerle, cinco duros.

—¡Miá que tié mal beber!

—No le hagas caso.

—¡Miá que ese zurrador, como es tan bruto,
te va á zurrar la piel el mejor día!

—¡Como no se la zurre al dios Neztuno!

—¡El tiempo lo dirá!

—Y ultimamente,

cá persona dispone de lo suyo;
de modo que si Elías me sacude
tú no has de ser la que se rasque el bulto,
—¡Piénsalo, Marcelina!

—¡Que te zurzan!

—¡Qué modales tan finos y tan cultos!
¡Ya sospechaba yo que pagarías
mis pruebas de amistaz con un eruto,
nombre, el más apropiado, pa esa andanada
que acabas de verter por el embudo!
¡Valiente gratituz!

—No nesecito

consejos, Asunción, y menos tuyos,
porque mirando sin pasión las cosas
te hacen á ti más falta que á ninguno.

—¿A mí, por qué?

—Pregúntaselo á Laurio,
que te suele poner de medio luto
la pelleja cá tres ó cuatro días,
á golpes.

—¡Miá que sabes!

—Más que muchos.

¡Ya soy mayor de edaz!

—¡Desde muy joven,
según lo que murmuran por el mundo!

—Cuatro meses después que tú lo fueras
lo fui yo.

—¡Puede!

—¡Vaya!

—¿Cuatro justos?

—Y quince días más; ¡conque carcula
si me habrán enterao por buen conduzto,
que te digo los meses y los días,
como puedo decirte los minutos!

—¿Quién te ha dao pormenores tan esatos...
si no es indiscreción?

—¡El propio Nuncio!

—¡Alguna mala lengua de las varias

que te han tratao!

—No estás en lo seguro.

Ha sido tu cuñao, que te conoce más que la madre que te trajo al mundo, y no creo que digas en mi cara que tiene mala lengua Sisebuto, costándote de sobra que á verídico le ganarán muy pocos ó ninguno.

—¿Sabes lo que te digo, Marcelina?

—No, mujer; pero sigue, que te escucho, y acaba de una vez porque las uñas me están pidiendo ya que les dé gusto.

—Pues que eres una...

—¿Qué?

—¡No te sulfures

y aplácate los nervios un segundo, que aunque es una verdaz la que te diga no será la más grande, ni con mucho!

—¡Te adivino la idea!

—¡Pues entonces me evitas un trabajo!

—Y un disgusto; que si á decir verdades nos ponemos, voy á nesecitar too el mes de Junio.

—¡Te podías rendir!

—¿Y pa qué vives?

¡Pa servirme de asiento en un apuro!

—¡Quizás que así, de pronto, no te hicieras, acostumbrada, como estás, al uso de los divanes del juzgao de guardia.

—Tú lo estás á los de otros sitios públicos de condición más fea.

—Si sacamos tu casa, no recuerdo de ninguno.

—¡Mi casa es más honrá que tus parientes!

—¡De eso hablaba muchismo mi difunto padre, que en gloria esté!

—Yo soy testiga de que hablé de la cosa con algunos la noche que salió con otros títulos pa el balneario del penal de Burgos.

—¡Deja en paz á los muertos!...

—¡En garrote!

—¡Marcelina!

—¿Qué dices?

—¡Que carculo que te vas á marchar con dos *porfolios* en donde yo me sé!

—¡Sí que lo dudo!

—¿Quieres verlo?

—¡Pa chasco!

—¿Sí? ¡Pues toma!

—¡Borracha!

—¡Golfa!

—¡Bruta!

—¡Pingo!

—¡Chucho!

(Bofetadas, mordiscos, arañazos, exhibiciones *póstumas*, insultos, un auditorio que vocea y ríe al ver el *desarrollo* del asunto, y un agente que surge de improviso y que exclama con aires de tribuno: —*Jóvenes, haiga paz y buenas formas, y evitemos que pueda ver el público dos mujeres perdidas por cuestiones que en nada afectan al decoro mutuo! Conque dénsen ustés las cuatro manos y ahuéquensen y acaben los disgustos.* Aplausos, carcajadas, chirigotas, dispersión general, silencio *mudo*... (1) y aquí ¡gracias á Dios! termina el diálogo. ¡Perdonad sus defectos, que son muchos!

(1) Que dijo el otro.

LA PÉRDIDA DE LAS TUNAS

—¡Pelegrín!

—¿Qué quieres?

—Hombre...

pero ¿qué es lo que te pasa
que estás hace quince días
con ese morro de á cuarta?
¿Tienes algún golondrino?
¿Te ha vencido ya la capa?
¿Se han malograo los viñedos?
¿Te se ha roto la guitarra?
¿Está fuera de peligro
tu mujer, ó qué desgracia
gorda te se ha echao encima
pa que estés con esa gaita?
¡Valiente humor! ¡Pues si llegas
á tenerlo en una pata

no te mueves, de seguro,
ni en tres meses de la cama!
Vamos, ¿qué pena te aflige?
Dí qué es lo que tienes, habla.
—¡Que se han perdido *las Tunas*,
Polonio!

—¿Y eso te achara?

—Naturalmente, porque ahora
¿qué hacemos nosotros?

—¡Anda!

Pues irnos á la manigua
si notamos que hace falta,
y no hablar más del negocio
ni acoquinarnos por nada,
que si esas *Tunas* se pierden
aún nos quedan otras varias
poblaciones importantes
donde vivir, á Dios gracias.
¿No es esto verdá?

—¡Polonio!...

—¿Qué dices?

—¡Que me da nauseas
que tomes á chirigota
los dolores de la patria!

—¡No he de tomarlos, si veo
que te se corren las lágrimas
talmente como á los chicos

que van á instrucción primaria,
cada vez que alzan el dedo
y se quedan con las ganas!
¿Cuándo al mocetón más terne
que tié la calle del Aguila,
nacido en Puerta de Moros
al pie de una barricada,
sobre un montón de cascotes
y entre una lluvia de balas,
se le arruga el entresijo
por semejante tontaina?
¿Dónde has visto tú que al hombre
que, según cuenta la fama,
no ha encontrao entodavía
guapo que le dé en la cara,
si ha tenido entre los dátiles
una tercia de navaja,
se le humedezcan las niñas
lo mismo que á una madama?
¿Y á ti te llaman el tigre
del mercao de la Cebada
porque todo lo razonas
con la punta de la chaira?
¿Y habla de su lao izquierdo
como de una cosa mazna
el hombre que lleva un higo
chumbo en la región cordiaca?

¡Y tú presumes de tuétanos!

¡Y eres tú el de las agallas!

¡Paece mentira!

—Pero, hombre...

¿qué quieres? ¿que baile?

—¡Baila!

¡que nunca será tan feo

como verte así la gaita

por un hecho que no vale

la saliva que uno gasta!

¿Que se han perdido *las Tunas*?

¡Valiente sinificancia

pa el que ha salido del claustro

maternal aquí en España!

¿Que una cuadrilla de golfos

con el jefe de la taifa

luchando mil contra ciento

nos ha podido? ¡Qué gracia!

Ni eso es gloria pa el que triunfa,

ni es vergüenza pa la patria,

ni es asunto que merece

que dos prójimos con canas

en too el cuerpo, le dediquen

cinco minutos de cháchara!

Tú, mientras los insurrectos

no entren en Guadalajara,

que no entrarán, porque es gente

que en seguida se le cambia
de color, por mor del *canguis*,
la ropa interna, ten calma
y no te aflijas tan pronto,
Pelegrín.

—¡Es que da lacha
ver lo que está haciendo Weyler
en la Isla de Cuba!

—¡Calla!

—¿Pero no es verdad?

—¡Comprímete
y ten ojo con lo que hablas,
que al general que está enfrente
del enemigo, más que haga,
voy á suponer, doscientos
disparates ca semana,
no está bien que le difames;
primero porque le coartas
su autoridaz, y segundo
porque el contrario toma alas
y pide la independenciam
y un jamón encima.

—¡Gracias!

¿De modo que va á estar uno
mordiéndose las entrañas
de coraje y entoavía
tié que darse dos puntadas



en los labios?

- Los patriotas ven, se enteran y se achantan.
- ¿Pues sabes lo que te digo?
- Dí lo que te dé la gana.
- Que mientras nuestros hermanos se mueren llenos de rabia porque en toda la manigua no ven más que retaguardias, los golfos de los mambises nos torear á sus anchas, con un *Capote* cualquiera.
- Tu sonríete unas miajas, que ese *capote* no sirve pa lidiar reses de casta, porque si le caen tres gotas se les encoge, y nequáquam.
- Sí, pero seguimos dando mucha sangre y mucha plata pa que en la corrida gocen cuatro novilleros mandrias y una colección de puntos de Nueva York y de Tampa que usufrutan, de rositas, tendidos, palcos y gradas.
- Tiés razón, pero todo eso yo sé cómo se acababa.

—¿Cómo?

—Siendo yo ministro
de la Guerra dos semanas.

—¿Qué ibas á hacer?

—Poca cosa,
Pelegrín.

—¿Qué?

—Principiaba
por guardarme los machetes,
los máuseres y las balas
pa cuando quisieran guerra
pájaros de mejor casta,
y me iba luego en persona
con cien millones de cajas
de polvos insecticidas
con sus fuelles, y ¡ni ratas!
—Claro, y entonces los yankees
iban y desembarcaban
cien mil hombres... y el conflicto.
—Lo cual nos aseguraba
la mantención por espacio
de un porción de temporadas,
porque con sacar entonces
los máuseres y las balas,
¡carcula tú qué manojos
de embuchaos y butifarras!
¡Conflicto! ¡Valiente ostáculo!

¡Eso es lo que aquí nos mata,
la pachorra y el respeto
que tenemos en España,
Pelegrín! ¡Y con pachorra
nunca se consigue nada!

—¡Pachorra Weyler, que lleva
medio siglo de campaña
y está prencipiando, cuasil

—Eso no es pachorra; es táctica.
El tié su plan y ¡quién sabe
si será bueno!

—¡La lástima
es que no se pierde Cuba
pa siempre!

—¡Si no mirara
que tu mujer y yo semos
afines, te excomulgaba
pa seis años los hocicos
de un manotón! ¡So bocaçal

—¡Mide las frases, Polonio!

—¿Quién, yo? ¡No me da la gana!
¡Y que te coste por sécula
que mientras quede en España
un corazón que palpíte
y un brazo y una navaja,
no habrá poder en el mundo
que se nos lleve de guagua

ese pedazo de tierra
que hizo Dios pa nuestra patria!

—¡Eso ya lo sé!

—¡Besugol!

Pues entonces, ¿por qué ladras?

UN JUICIO

—Refiera usted lo ocurrido.

—¿Me permite usía que hable con libertaz?

—Cuenta el hecho con sus pelos y señales.

—Es que... porque como guardia puede ser que me se escape, sin querer, algún conceto ú palabra mal sonante.

—No tenga usted miedo.

—Gracias.

Pues estábamos el martes, al amanecer, contiguos á la estatua del Cervantes yo y mi compañero, hablando sobre si debían darle uno, dos ú tres banquetes

mostruos al señor de Gálvez Holguín, cuando de improviso noté que, sin importársele tanto así de que estuviera nuestra autoridaz delante, subió el señor al Congreso y le vide colocarse de cierta postura erronia, un si es ó no denigrante pa el Parlamento.

—¡Calunia,
señor juez!

—¡Escuche y cállese!
¡Y, sobre todo, procure
no hacer esos ademanes!

—¡Señor, si me pical

—¡Bueno,
pues se rasca usted en la calle!
Siga el guardia.

—Con permiso
del señor juez. Yo, no ostante
de saber que tengo clara
la visual, pa asegurarme
le pregunté al compañero
con intención:—Tú, González,
¿distingues bien aquel bulto
que se ha puesto en el remate

de la escalinata?—¡Digo!

—Pues si le ves, díme qué hace.

Y él me contestó:—Lo propio que hacemos toos los mortales sin diferencia de sesos

y sin distinción de edades, bien sean mujeres, hombres, ú niños ú melitares.

Conque al ver corroborada mi oservación, yo, quizaque saliéndome, motur propio, fuera de mis facultades,

porque pa ciertas materias están los munecipales,

le dije al cólega:—Vamos á sosprenderle inflaguantes pa que sepa de qué forma tié que obrar en adelante.

Conque mi cólega entonces

me repuso:—No le coartes,

Butragueño, porque á veces hay cosas inevitables.

Pero yo, que soy más pelma

que el propio señor alcalde

con la cuestión de las zonas,

y que respeto á carázter

y á tener los cascos duros

me dejo atrás á los yankees,
le busqué al señor las vueltas
con cuidao, pa no escamarle,
y le pregunté de pronto
cuando le tuve á mi alcance:
—Pero ¿qué es esto?... Y entonces
él me contestó:—¡Compadre,
ni que gastara usted gafas
azules y con volantes
pa no ver á medio paso
los bultos que tié delante!
Yo hago lo que me se antoja,
porque aquí estoy en la calle
y á mí no me pide cuentas
ni usted, ni el Papa ni nadie...
—Lo cual que el señor entonces
me metió en salva la parte
el puño cerrao, á pique
de hacer cualquier disparate,
porque hay órganos...

—¡He dicho
que habla usted cuando le manden!

—¿Es que he faltao?

—¡Varias veces!

—¡Hombre!...

—¡Silencio!

—¡Mecachis!

—Siga el guardia.

—Reasumiendo:

que faltó á la pobre madre
de un servidor, ya difunta,
con expresiones capaces
de avergonzar á un lacero
municipal, y que cuasi
nos le llevamos arrastra
de allí después de arrancarme
seis cerdas de la perilla,
las cualas, dao mi carazter
de autoridaz, pué decirse
que son de usía.

—Bien; hable
ya el acusado, y procure
ser breve.

—¡No hay na tan grave
ni tan cochino en la vida
como que á uno le levanten
una calunia, y el guardia
me la ha levantao delante
del señor juez!...

—¡Al asunto!

—Voy en este mismo instante.
Un servidor, en efezto
tuvo la ocurrencia el martes
de estar ande dice el guardia

con el fin de ventilarse,
porque las calores estas
no hay Cristo que las aguante
deportao en la guardilla,
sin más distracción que un catre
con más bichos que conventos
hay desde Irún hasta Cádiz.
No recuerdo mi postura,
la verdaz, ni falta que hace,
porque creo que cá quisque
tenga oción pa colocarse
dentro de la vía pública
como quiere ó como sabe;
pero eso de que era erronia
y un sí es ó no es denigrante,
según él, dígale usía
que magras y que se la ate
con una cuerda del dedo
gordo pa que la dé el aire.
Hay seres muy cabezotas,
y el señor, que está mochales
ú que ha comido repollo
y se le ha picao la sangre,
cuando tuvo la ocurrencia
de subir á molestarme
tropezó con un ojezto
junto á mí, de mal carázter,

y se le puso en la bola
sin testigos oculares
que era de mi pertenencia,
y de eso no hay quien le saque,
pero yo le juro á usía
por la saluz de mi padre
que el ojezto no era mío.

—Sí que lo era.

—¿Usté qué sabe?

—¡Sí que lo era!

—¡Que lo pruebe!

—¡Vamos á callar!

—La madre

del cordero, pa que usía
lo sepa, si no lo sabe,
era que el señor buscaba
que yo le diera diez riales
de indenización, con ánimo
de tomar un pisolabis
de guagua; pero el que quiera
caprichos que se los pague.
Esta es la chipén del caso,
pero como sé que es fácil
que no valga dos puntetas
lo que yo declaro, másime
llevando en el uniforme
ciertas insinias la parte

que está contra mí, me voy
á permitir suplicarle
al señor fiscal que tenga
la caridaz de sacarme
la cara.

—¡Cómo!

—No creo
que haiga por qué incomodarse.

—¡El fiscal no puede nunca
defender á los culpables!
¡El fiscal acusa!

—¡La órdiga!

¡Vaya unas antigüedades
que se trae usía! ¡De eso
se hablaba mucho endenantes,
pero han cambiao el sistema
de poco tiempo á esta parte!
—¡Habrá insolente! ¡A ver, guardias!
¡A este prójimo, al instante,
que le den el amoniaco!

—¡Si me dejo!

—¡Sujetarle
y ponérmelo á la sombra
por desacato!

—¡Mecachis!
¡Lástima que no fuera uno

concejal!...

—(¡Anda pa adelante,
so lechón!)

—(Sí, tú rempuja,
pero el día que te agarre
sin las insinias, te dejo
los morros intransitables.)

